

Ger. ¡Cielos!
Marq. ¡Elena!
(Elena cae desmayada en los brazos de don Gerardo: el marqués desaparece horrorizado: la sorpresa deja inmóviles al conde y á Victorina.)

ACTO TERCERO.

Sigue la decoracion del anterior. El teatro se va oscureciendo gradualmente

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Ahora que estás recobrada De aquel repentino insulto, ¿Podré saber, niña mía, La causa que lo produjo? ¿Cuáles son tus conexiones Con el marqués? ¿Cómo pudo Tal efecto obrar en ti Su presencia? ¿Qué conjuro Se esconde en tus bellos ojos, Que al fijarlos en los suyos Le hicistes huir de mi casa Horrorizado y confuso?

Elena. El es la causa, señora, De todos mis infortunios. Bien quisiera haber podido Confiar solo al sepulcro Mi desventurado amor, Mas si ahora fuese mudo Mi labio, de mi inocencia Pudiera dudar el vulgo. Tranquila y feliz vivía Sin conocer el influjo Del amor. Por mi desgracia Me vió, señora, el perjuro Don Gabriel. ¡Ah! Yo inexperta...

Vict. El atrevido y astuto, Tú sensible en demasia, El galan hasta lo sumo, Y el demonio que las carga... En fin, engañarte supo. ¿No es esto? Sí; que nosotras No cedemos al impulso De una pasion. ¡Imposible! Ya se ve; somos de estuco.

Elena. ¡Señora!...
Vict. Contra su llanto Y sus arteros discursos Y sus falsos juramentos No fué poderoso escudo Tu virtud. El fementido Huyó después; tú sin fruto Le escribiste, le rogastes, Y á falta de otro recurso En pos del ingrato Eneas Corriste por esos mundos.

Elena. Esa ironía cruel...
Vict. No te alteres: ya concluyo, Tu buena estrella..., ó la mía, Al fin te señala el rumbo Del prófugo caballero. Llegas á mí; yo te juzgo Acreedora á mi bondad; Creo en tu llanto; no dudo De tu aparente candor; Te doy albergue; procuro Consolarte; y tú entre tanto Preparabas con estudio Una escena escandalosa Con que sin duda tu orgullo Quería humillar el mio. Venciste. No te disputo La joya; pero ¿á qué fin Tener tu designio oculto Exponiéndome al sonrojo De presenciar...?

Elena. No. Yo os juro Por mi vida que ignoraba...
Vict. Bien; será así. No te acuso. Reclama, pues, tus derechos, Si acaso tienes alguno, A la mano del marqués. Haz alarde del triunfo; Sé marquesa enhorabuena, Que si mas tiempo te arguyo Pudieras creer acaso Que de envidia me consumo. Pero allá lejos de mí...

Elena. Perdonad si os interrumpo. Vuestro decoro y el mio Exigen de mí que al punto Me aleje de vuestra casa; Y no con semblante adusto Necesitais despedirme, Que de estos umbrales huyo Con mas gozo que pesar. Pero pues yo no os injurio, Aunque sois funesta causa De los tormentos que sufro, No me exaspereis, señora; No claveis el dardo agudo De vuestra sátira amarga En un corazon que al yugo

¡Ah! No. Jamás. Lo juro. Antes mi pecho Romperá tu puñal en mil pedazos; Antes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. ¡Qué clamores...! ¡Elena!
¡Modera tu dolor!
Elena. ¡Oh! ¡Cómo el alma, Ya quebrantada su fatal cadena, Cobra gozosa la perdida calma!
Ger. No me oye..., no me mira...
¡Elena!
Elena. Yo pensaba, — necia he sido, — Que amor con sus falaces ilusiones De todas las pasiones Era la mas suave, la que inspira Mas dulces sensaciones.
¡Error! ¡Sueño! ¡Mentira!
¡Cuánto mas dulce, cuánto mas... la ira!
Ger. ¡Elena! — ¡Atroz delirio!
Por dicha nadie observa; mas si alguno...
Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz martirio.

Ger. Huye de aquí, infelice. No te expongas A desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño, Por qué cerrar los ojos A la luz del acerbo desengaño? ¿No te basta saber que en menoscupio De su jurada fe, de tu firmeza, El perjuro que en lágrimas te inunda Amante criminal de otra belleza Su posesion anhela en vil coyunda? ¿Querrás tambien de escarnio vergonzoso Servir á tu rival envanecida Y á su cómplice odioso?
¡Ah! Vuelve por tu vida, Elena, vuelve en tí...

Elena. ¿Quién sois? — ¡Oh cielo!
¡Vos! ¡Oh inmenso placer! Con cuanto anhelo

Os buscaban mis ojos!

Ger. De sorpresa... Ni á hablar acierto. ¿Qué! ¿Será posible...? ¡Ah! Tal vez de tu mente el desvario...

Elena. ¿Me amais?

Ger. ¡Y tú lo dudas! ¿En qué pecho Fuego de amor ardió como en el mio?

Elena. Si vuestro amor es tanto; Si aun es por dicha á vuestros ojos bella Esta angustiada frente Que la ignominia sella, No ya, no ya mi boca Que la culpable ingratitud movía

De viles pasiones nunca, Nunca cedió. Yo renuncié A los sagrados derechos Con que pudiera ante un justo Magistrado confundir Al traidor que me sedujo; Mas no imagineis, señora, Que á mi desgracia sucumbo Hasta el doloroso extremo De sufrir vuestros insultos.

Vict. ¡Pues no faltaba otra cosa!
A damas de alto coturno Cual vos, señora marquesa, Debe tratarse con mucho, Con muchísimo respeto, Así, pues, con el tributo De cumplida reverencia A useñoría saludo, Y la ruego que se marche Antes de quince minutos.

ESCENA II.

ELENA.

¡Oh! Ya en mi corazon no hay sufrimiento. Ya el dolor me fatiga y me sonroja. No mas, no mas en triste abatimiento Cubrir de amargas lágrimas mis ojos, Pues no aplacan el llanto y la paciencia De mi enemiga estrella los enojos. Rencor, maledicencia, Dulce afán de venganza Que alimentais de un triste la existencia, De hoy mas sed mi consuelo y mi esperanza. ¡Qué! Porque airado el cielo Quiso hacerme mujer, yo envilecida, Cual si tuviese corazon de hielo, Sin murmurar mi labio ¿El peso he de sufrir de tanto agravio? ¿No sabré yo de cólera inflamada, Como dé amor un día, Vengar la afrenta mía, Vengarla, ó fenecer desesperada? Traidor que á tal extremo Reduces á tu víctima inocente; Pérfido amante, jurador blasfemo Que con tanta vileza correspondes Al mas cordial amor, al mas ardiente, ¿Dónde, villano, á mi furor te escondes? Ven, ven á hacer alarde De tu barbaro triunfo; Ven, y consume tu maldad, ¡cobarde! — ¿Y triunfarás? ¿Y con infames lazos A otra mujer unido Reirás de mi oprobio entre sus brazos?

Vuestra saña provoca.

A vos, sí, á vos tan solo se reserva,
Si la anhela, mi mano. Esposa, amante...
Aun es poco, señor. Humilde sierva
En mí tendreis. Lo juro al Dios que adoro.

Ger. ¡Ah, que á tanta ventura
Sucumbe el corazón! ¿Es sueño vano?
¡Yo dueño de tu angélica hermosura!
¡Elena! En dulce lloro...
De orgullo... y de placer mi rostro baño.
¡Oh, Dios! Si de mi ardiente fantasía
Fuese esta gloria lamentable engaño,
Mano alevosa, impía
Con él destruya la existencia mía.

Elena. No; no os miente mi lengua,
Ni cupo en mí jamás tan torpe mengua;
Mas, no lo niego, inmenso sacrificio
Tal vez me impongo ahora,
Y en justo galardón un beneficio
De vuestro amor implora
Esta infeliz mujer.

Ger. ¡Cielos! ¿Qué aguardas?
Habla. Toda mi hacienda,
Mi sangre toda venturosa ofrenda
Será de tu beldad.

Elena. No alceis, os ruego,
No alceis la vos. — Riquezas no ambiciono
Ni sed de vuestra sangre me atosiga.
Otra os pide mi encono;
Vertedla, y mereced que yo bendiga
Esa obediente mano vengadora.

Ger. Si, vengada serás.

Elena. ¡Alma traidora!
El cielo al fin tus crímenes castiga. —
Oid: aunque me ofende
No culpo á mi rival. También es ella
Blanco de la perfidia.
Pues espiró el amor, muera la envidia.
Solo al marqués alcanza
El rayo matador de mi venganza.
Romped su corazón vil, inhumano;
Rompedlo sin clemencia,
O jamás seréis dueño de mi mano.

Ger. ¡Ah! Mas que á tu despecho
Grata será su muerte al odio mio.
Parte. Bajo este techo
Ya no puedes vivir. Parte...

Elena. ¿Y adónde?
¡Ay, triste! adonde iré...

Ger. Volver á Utrera
Sería...

Elena. No; ¡jamás!
Ger. Más grata fuera
A tu dolor inmenso la morada
Do inocente respira
Aquel fruto infeliz...

Elena. ¡Oh, prenda amada!
Si en mis brazos le viera...

Mas! ¡ay! vano deseo...

Ger. No. Su asilo
Logró al fin penetrar mi vigilancia,
Y prontos á servirme los pastores
Que cuidan de su infancia...
Elena. ¡Ah! ¿Qué tardais? Guíadme...
Ger. ¿Y quién te venga?

No temas. Un amigo
Tu conductor será. Ginés ahora
Te llevará á su casa. Apenas brillen
Los rayos de la aurora...
Le escribiré. Un instante...

*(Saca una cartera y escribe con lapiz en
una hoja del libro de memorias.)*

Un solo instante espera.
*(Elena se sienta con muestras del mayor
abatimiento.)*

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. ¡Oh Dios! ¿Quién viene?
(Ginés trae luces.)

Ginés. Yo soy. Nada temais. Aun la señora
Allá en la retirada galería...

Ger. ¡Ginés! Elena es mía.
(A media voz.)

Ginés. Os doy mi enhorabuena...
Y el pésame al marqués.

Ger. ¡Silencio! — Elena.
Elena. ¿Qué me queréis? Ya os sigo. No
dormía,

(Se levanta con lentitud y como enajenada.)

No; pero en dulce calma
Venturosa yacia,
Y de su asiento desprendida el alma
Lentamente ¡oh placer! desaparecía.

Ger. ¡Elena!... ¡Oh qué tormento!
Conturbada otra vez su fantasía...

*(Mas si un solo momento
Su partida retardo;...
Si vuelve mi rival y por desgracia
La ve, la habla...)* Ginés, á ti la fio,
A tu constante celo, á tu eficacia.
Cerca vive don Juan. Allí segura
Hasta rayar el día...
Esta carta le entrega.

Elena. No dormía,
No; que enconado el cielo
Me ha negado también este consuelo.
¡Yo velaré llorando!
¡El dormirá tranquilo!

Ginés. Basta. Volando voy.

Ger. Elena mía,
Sigue á Ginés...
Elena. Sí. *(Distraída.)*
Ger. Que á mejor asilo
Él te conducirá.
Ginés. Venid, señora.
*(Tomando de la mano á Elena, que le sigue
maquinalmente.)*
Soy vuestro siervo fiel. *(Tiembla su mano.)*
Elena. Si; apartadme de aquí. Gozosa
os sigo.

Esa luz me atormenta,
¡Esa luz que maldigo!
¡Ah! ¿Qué mano cruel ha disipado
La negra oscuridad que me halagaba?
Huyamos, caro amigo,
Allá donde la noche tenebrosa,
Ya que no el centro de la tumba fría,
Esconda al mundo la vergüenza mía.

ESCENA V.

DON GERARDO.

¡Desventurada Elena!
El dolor que la agobia
Su razón, sus sentidos enajena.
Mas luego que á sus ojos
Desaparezca la mansión odiosa
Testigo de su oprobio y amargura,
Yo espero que la paz y la alegría
De nuevo brillen en su frente hermosa.
¡Oh gozo! Ya su pecho no sojuzga
La imagen de un rival aborrecido.
La sangrienta vonganza
Solo se anida en él. Cierito es mi triunfo.
Mi corazón recobra la esperanza.

ESCENA VI.

VICTORINA, DON GERARDO.

Vict. ¿Fué ya la miserable
Que criminal ó inocente
Tan mal día nos ha dado?

Ger. Si, señora.
Vict. Al cielo plegue
Darla mil felicidades
Con tal que de mí se aleje.
Quizá con poca razón
Dije á la infeliz mil pestes;
Mas no pude contener
Mi saña. ¿Y quién la contiene
Después de un sonrojo...? No;

No es ella, sea quien fuere,
Que no cuido de saberlo,
La que mi enojo merece,
Sino el traidor... ¡Qué cabeza
Me ha dado Dios! ¿A qué vienen
Estas serias reflexiones,
Y elegir por confidente...
¿A quién? ¡á un reciénvenido
Lacayo! Pues como pruebe
Tan bien como la doncella,
Me luzco seguramente.)

Ger. ¿Mandais algo?
Vict. Si; queria
Que... Primero es que me acuerde.—
¡Ah! Sí; un palco de platea
Para la ópera. ¿Entiendes?
Sobra tiempo. Al mayordomo
Le pedirás lo que cueste.

Ger. Está bien.
Vict. Voy un momento
A mi tocador. Si viene
Entre tanto el señor conde,
Que me avisen y se espere.
*(Por fin si un novio me planta,
Hay otro que le releve.)*

ESCENA VII.

DON GERARDO.

¡Oh qué frívola señora!
¿Y quiere mi negra suerte
Que yo sufra...?
(Toca la campanilla.)
Si no hay otro

Que vaya por el billete
Se queda sin él.—¡Ah! Bien.
*(Llega un lacayo, oye el recado que figura
darle en voz baja don Gerardo, y vase.)*

Demos el encargo á este.—
Ya tarda Ginés. Yo tiemblo.
Si algun funesto accidente...
¡Y he podido yo apartarme
De mi Elena...! Mas conviene
A mi designio y al suyo
Que ninguno aquí sospeche
La menor inteligencia
Entre los dos.—Será breve
Nuestra ausencia, prenda hermosa,
Y aunque mil vidas arriesgue...

ESCENA VIII.

DON GERARDO, GINÉS.

Ger. ¡ Ah! Ven; dime...

Ginés. ¿Estamos solos?

Ger. Solos; sí. Nada receles.

¿Qué es de Elena?

Ginés. Ya está en casa

De don Juan. ¡ Ah! Me conmueve

Su estado. Será un prodigio

Si la cabeza no pierde.

¡ Bala yo consolando

Por la calle come debe

Quien de cristiano se precia;

Pero ella sin responderme

Se dejaba conducir.

Llegamos: piadoso huésped

Don Juan la recibe, y ella

A sus palabras corteses,

O sin concierto responde

O suspirando enmudece.

La esposa de vuestro amigo

La persuade á que se acueste,

Y á tantas penas rendida

Por fin logramos que cierre

Tranquilo sueño sus ojos.

Ger. ¡ Ah! Dios haga que despierte

Mas venturosa.

Ginés. « ¡ Venganza,

Venganza de un hombre aleve. »

Son los últimos acentos

Que con voz trémula y débil

Pronunció la desdichada.

Ger. Sí; no brillará dos veces

La luz del sol, cara Elena,

Sin que mi mano se cebe

En la sangre de un rival

Aborrecido.

Ginés. ¡ Una muerte!

¡ Qué horror! — ¡ Ah! Mejor sería

Que esa pasión vehemente

Sofocárais y tranquilo...

Ger. ¡ Miserable! ¿ Qué te atreves

A decirme? Tanta ofensa,

Tantos amargos desdenes

No pudieron de mi amor

Entibiar la llama ardiente;

Y ahora que dulce esperanza

La paz perdida me vuelve,

Ahora que al término llevo

De tanto afanar ¿ pretendes

Que aquella imagen hermosa

De mi corazón destierre?

Ginés. Perdonadme. Yo quería...

Como soy naturalmente

Compasivo... Mas ya veo

Que si el marqués no fenece

No conseguireis la mano

De esa sobrina rebelde,

Y de dolor morireis;

Y así, pues el hado quiere

Que uno muera de los dos,

Sea el marqués por quien recen

Estos labios pecadores;

No el amo que me mantiene.

Ger. ¿ Qué tarde pues en retarlo

Y que mi pecho atraviese

O muerto caiga á mis piés?

Ginés. ¿ Qué vais á hacer, imprudente?

¡ Tenéos! En tales lances

No es el valor el que vence,

Sino la destreza. Vos

Ni la espada ni el florete

Manejais, que entre barbechos

Tales artes no se aprenden:

Él es práctico en las armas;

¿ Correréis á ofrecerle

Vuestra sangre en galardón

De los tormentos crueles

Que os ha causado? ¿ Quereis

Sacrificarle el deleite

Del amor, de la venganza?

¿ Pondreis en riesgo inminente

Hasta la vida de Elena

Por obedecer las leyes

De un pundonor temerario

Que ese infame no merece?

¿ Guardólas él por ventura

Cuando estando vos ausente

Sedujo á vuestra sobrina,

Y desterró para siempre

La paz de vuestros hogares,

Y sonrojó vuestra frente,

Y mancilló...?

Ger. Basta. El odio

Que dentro de mi alma hierva

Al escuchar tus palabras

En rabia atroz se convierte.

No muera cual caballero

Quien como villano ofende,

Quien osó... ¿ Quieres en fin

Que mi flaqueza confiese?

La eterna paz de la tumba

Ayer ansiaba demente:

Hoy que espero convertir

En dichosos parabienes

Tantos días de amargura,

Horror me inspira la muerte.—

Mas... ¿ podré manchar mi mano...?

Ginés. No. Manos habrá que os venguen

Sin que aventureis...

Ger. ¡ Silencio!

(Viendo venir al criado de la escena anterior.)

¿ La platea? Dame.

*(Tomando el billete que trae el criado.)*Vete. *(Vase el criado.)*

¿ Y dónde hallar quien se atreva...?

Ginés. ¡ Aunque fuera el ave Fénix!

Habiendo oro...

Ger. Cuanto pidan.

Ginés. Ayer al pasar el puente

Me encontré con cierto amigo

Que conoce mucho á un jefe

De bandidos que en Triana

Las mas de las noches duerme.

No bien supe que tenia

Conexiones de esta especie,

Afeando su conducta

Juré no hablarle ni verle...

Ger. ¡ Oh qué nécia hipocresía!

Al caso. El tiempo se pierde.

Ginés. Mas, si quereis, por su medio...

Ger. Sí; pronto. ¿ A qué te detienes?

Ginés. No os inquieteis, y escuchadme.

Lo primero es no exponerse

Y asegurar bien el golpe.

Tal vez á darlo se niegue

Dentro de la población

Ese bandido, si teme

Ser descubierto. En el campo,

Rodeado de su gente...

Ger. Acaba.

Ginés. Al rayar el día...;

Antes, si preciso fuere,

Se pone Elena en camino,

Porque esto es lo mas urgente.

Ger. Bien.

Ginés. Ya sabeis dónde vive

Don Gabriel.

Ger. Sí.

Ginés. Vais á verle;

Y, puesto que no os conoce,

Fingís que sois un sirviente

De la sobrina, ó del tío

Si mas bien os pareciere.

Haciéndome del fiel ladrón

Le jurais que está inocente.

Su sobresalto, su fuga

Prueban que en su pecho aun tiene

Demasiado imperio Elena.

Para mejor convencerle,

De las pasadas intrigas

Le haceis tambien confidente,

Echándome á mi la culpa...

Y á vos mismo si conviene.

Le revelais la partida

De Elena al humilde albergue

Donde él mismo tiene oculto

A su hijo; se enternece;

A la piedad y al honor

Se une la voz elocuente

De la sangre; instais; la sigue;

Los ladrones la sorprenden...

Ger. No mas. Te entiendo.

Ginés. *(¡ Yo sudo!)*

No tardeis. Como un cohete

Yo vuelvo ahora mismo en busca

Del bandido; le hablo; viene;

Os poneis de acuerdo...

Ger. Espera.—

¿ Qué traes?

(A un criado que llega.)

Criado. Este billete

Del marqués de Rivaparda.

*(Don Gerardo y Ginés se miran con**inquietud.)*

Ginés. Lo leerá inmediatamente

(Tomándolo.)

El ama. ¿ Esperan respuesta?

Criado. Sí.

Ginés. Bien. *(Vase el criado.)*

Abrámoslo. Aun tiene

Fresca la oblea. *(Abre el billete.)*

Ger. ¿ Qué has hecho?

Ginés. ¿ Qué importa culpa tan leve

Cuando...? Leed.

Ger. Cuatro renglones.

*(Lee rápidamente el papel, y vuelve á**pegar la oblea.)*

Ver á la viuda pretende.

Ginés. Muy bien. Os ahorra un viaje

Si le recibe.— Alguien viene.

Separémosnos...

Ger. Sí; anda.

Ya te sigo. No te alojes.

ESCENA IX.

DON GERARDO, EL CONDE.

Conde. ¡ Calle! ¿ Sois vos el lacayo

Hipocondriaco y adusto...?

Ger. Yo soy...

Conde. Bien. Hacedme el gusto

De avisar... *(El tal desmayo...;**La escapada repentina**Del marqués... Vaya; increíble**Parece... ¿ No está visible**La preciosa Victorina?*

Ger. Pasaré recado.

Conde. Sí.

Ger. Tomad, si gustais, asiento

Y esperaos un momento.

Voy... Ya la teneis aquí.

ESCENA X.

EL CONDE, VICTORINA, DON GERARDO.

Conde. Señora...*Vict.* ¿Tengo platea?*Ger.* Tomad.*(Le da el billete que trajo el criado.)**Vict.* Conde, bien venido.*Ger.* Esta esquila que ha traído...*Vict.* Venga. *(La abre.)*

¿Permitis que lea?

Conde. Sois muy dueña...*Vict.* ¿Es del marqués!*Conde.* ¿Qué oigo! ¿Tendrá la insolencia tal vez...?*Vict.* Me pide licencia

Para ponerse á mis piés.

Conde. ¿Y vos...?*Vict.* Supuesto que espera

Mi respuesta el portador,

Decidle que su señor

Puede venir cuando quiera.

ESCENA XI.

VICTORINA, EL CONDE.

Conde. ¿Con un hombre que os burló

Sois tan complaciente ahora?

¿Perdeis el juicio, señora?

¿Vos recibis...?

Vict. ¿Por qué no?

Picada me juzgaría

Si yo á verle me negara.

Cuando él no esconde la cara

¿Quereis que oculte la mia?

Venga muy en hora buena,

Que sin susto le veré,

Y no me desmayaré

Cual su interesante Elena.

Venga: no sería tan necio

Que volver quiera á mi gracia.

Si tanta fuera su audacia

Mayor será mi desprecio.

Quizá espera verme absorta,

Triste, abatida... ¿Qué error!

Conde. Mas ..., no extrañeis mi temor,

Su visita...

Vict. Será corta.*Conde.* Él, antes de aquella escena,

Feliz para mí quizá,

Me contó de pe á pa

La biografía de Elena.

Dijome que le engañó

Que le causó mil pesares,
Que después de sus hogares
Huyó la tal.— ¿Qué sé yo?
Que ya no pensaba en ella,
Que en paz y en gracia de Dios

Iba á casarse con vos

Y bendecía su estrella;

Pero como ya sabía

Que por vos yo estaba ciego

Vuestra mano desde luego

Sin violencia me cedía.

Mas que esto había de ser

Sí á la novia acomodaba;

Que si no, resuelto estaba

A que fuérais su mujer.

Su probidad es notoria;

Lo confieso aunque rival.

Su conducta fué leal.

Solo aquella escapatoria...

En fin, es amigo mio,

Y otro no tengo mas fiel;

Mas si estais quejosa de él,

Hoy mismo le desafío.

O moriré en la palestra

O vereis qué pronto os vengo;

Que injusta ó recta no tengo

Mas voluntad que la vuestra.

Por casarse con mi bien

Quise matarle, señora;

Y por no casarse ahora

Iré á matarle tambien.

Vict. ¿Matarle? ¡Pobre señor!

No le quiero yo tan mal,

Ni ha sido tan criminal

Que merezca ese rigor.

¡Oh! Ni es conveniencia mia;

Porque él pudiera vencer,

Y es fuerte cosa perder

Dos amantes en un dia.

Conde. ¡Cuál me halaga ese temor!

Luego ¿renace en tu pecho...?

Vict. Mira no sea despecho

Lo que te parece amor.

Conde. No; que tu boca divina,

Que me dió tantos enojos...

Grata sonrie, y tus ojos...

¡Ah! Tú me amas, Victorina.

Vict. Si, mi zeloso; y en vano

Te lo quisiera negar.

Conde. ¡Oh dicha! ¡Un cura! ¡Un altar.*Vict.* ¿Estás loco?*Conde.* Hé aqui la mano.*Vict.* Aun es mayor mi impaciencia

Que la tuya puede ser.

Conde. ¿Qué escucho! A tanto placer

Ya no basta mi existencia.

¿Tú?...?

Vict. No á mis palabras desInterpretacion violenta.
Borrar deseo la afrenta
Que hacerme quiso el marqués.
Me compromete, me humilla
La conducta de ese hombre.
Temo que sea mi nombre
La fábula de Sevilla.
Sí; que el pueblo es el demonio,
Y mil sátiras presagio,
Si no acudo en el naufragio
Al puerto del matrimonio.—
Tal vez mis temores fundo
En vana apresion...*Conde.* Sin duda.*Vict.* Mas si me quedase viuda

¿Qué diria de mí el mundo?

Soy zelosa de mi fama,

Y en lance tan singular

¿Quién osaría culpar

El orgullo de una dama?

Así con gozo mayor,

Conde, mi dueño te hago,

Pues á un tiempo satisfago

Mi vanidad y mi amor.

Conde. ¡Ah! Mi regocijo extremo

Deja que muestre á tus piés.

Vict. No. En mis brazos.*Ger.* El marqués.*(A la puerta.)**Vict.* Que entre. *(Retirase don Gerardo.)**Conde.* Sí. Ya no le temo.

ESCENA XII.

VICTORINA, EL MARQUÉS, EL CONDE.

Marq. Sé que no es muy fácil, señora,

Mi conducta disculpar...

Vict. ¿Por qué os quereis molestar?

Yo os absuelvo desde ahora.

Marq. Al ver aquella mujer

Yo no fui dueño de mí.

Mi sorpresa, mi horror...

Vict. Sí.*Marq.* Me hicieron...*Vict.* ¿Cómo ha de ser!*Marq.* Faltar...*Vict.* Os volvistes loco:

¿No es verdad? Bien dije yo...

Marq. Fui desatento...*Vict.* ¿Qué! No.

Lo que es ridiculo... Un poco.

Marq. Hubo un tiempo, de memoria

Harto aciaga para mí,

En que ciego amante fui

De Elena...

Vict. Sé ya su historia.*Marq.* Mas ya la habia olvidado...*Vict.* Y ella, que os iba al alcance,

Se presenta... ¡Vaya un lance!

Se lo doy al mas pintado.

Marq. No dudeis que mi ternura

Por siempre en odio mortal

Convertida...

Vict. Hacedis muy mal,

Que es preciosa criatura.

Marq. Señora, esta explicacion

Os molesta; bien lo veo,

Mas obligado me creo

A daros satisfaccion...

Vict. Aunque yo no os la he pedido,

Por satisfecha me doy.

Libre quedais; libre soy.

Es negocio concluido.

Marq. Vuestra mano no merezco,

Mas si hui...

Vict. Nada de encono.

¿Fué desaire? Lo perdono.

¿Fué locura?

(Mira con ternura al conde.)

Os lo agradezco.

Marq. Basta. Esa tierna mirada,

Tan conforme á mi deseo,

Es para mí, á lo que veo,

La señal de retirada.

Vict. Nada de eso. A cualquier hora*(Toca la campanilla.)*

Vuestra es mi casa; de noche,

de dia...

Marq. Gracias...*Vict.* El coche.*(A Ginés, que llega.)**Marq.* Beso á usted los piés, señora.

ESCENA XIII.

EL CONDE, VICTORINA.

Vict. ¿Qué tal? ¿No aplaudes mi calma*Conde.* Y tu gracia sin ejemplo.

¿Qué dichoso me contemplo

Reinando solo en tu alma!

Vict. Ahora al teatro conmigo

Vendrás, pues tengo platea,

Y la aristocracia vea

Que no me falta un amigo.

Conde. Sí; y un amante sincero.

Mas ¿cuando unidos los dos...?

*(Ginés aparece por el foro.)**Vict.* Pronto.

Conde. ¡Sí, hermosa, por Dios!
¡Pronto; que sinó, me muero!

ESCENA XIV.

GINÉS.

(Desde la puerta mirando adentro.)

¡Mal haya tanto charlar! —
Ya se van. ¡Gracias á Dios!
Ya somos amos de casa,
Y podremos sin temor
Conferenciar... Mucha flemma
Gasta el compadre Rejon. —
No es extraño. Le dejé
Vistiéndose de señor,
Difraz que ha adoptado á fin
De no llamar la atencion;
Y aunque no es hombre de estarse
Consultando al tocador
Mucho tiempo... Abren la puerta...
Él es;... el mismo. — Aquí estoy,
Señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV.

GINÉS, REJON.

Ginés. Solos estamos los dos.
Salió el amo...

Rejon. He visto el coche.
Ginés. No temas.

Rejon. ¡Temer! ¿Quién? ¡Yo,
Que fui diez años sargento,
Y aunque ahora bandido soy
Por mi desgracia...! Eso, tú,
Que siempre has sido collon.
Pero...

Ginés. El mayordomo es nuestro.

Rejon. ¿Sabe que vengo...?

Ginés. Eso no.
Solo sabe lo preciso.

Rejon. Bien.

Ginés. Y está en obligacion
De complacer á mi amo.

No hay ningun riesgo.

Rejon. Mejor.

Ginés. Si temes que yo te venda...

Rejon. No; que si fueras soplón

Yo tambien sabria entonces

Sacar tus trapos al sol.

Ya sabes que no podemos

Ser enemigos los dos.

Ginés. ¿Mis trapos? ¡Eh! Niñerías.

Ya hace tres años que soy
El hombre mas timorato...
Vamos, un santo varon.

Rejon. Sí; bien tuviste osadia
Para ser estafador
Y miserable tahir
Como un tiempo lo fui yo:
Mas cuando empresas mayores
Te propuso mi valor
No fuiste hombre...

Ginés. Siempre tuve
Pacífica condicion.

Allá en mis años primeros
Estudié...

Rejon. ¡Sí; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?

Ginés. Detrás del *quidam* salió
Que, como sabes, mañana
Será...

Rejon. ¡Tanta dilacion
Para nada!

Ginés. Ten paciencia.

Rejon. Si tarda mucho, me voy.

Ginés. Espera...

Rejon. Espere el canalla
Que se sujeta al baldon
De ganar un vil salario.

Ginés. ¡Oh! Soy administrador,
Secretario y mayordomo
De un ricachon... solteron.

Le inspiro gran confianza,
Y las cuentas que le doy
Nunca mira. No me cambio
Por el mismo emperador
De Marruecos. Ya tengo hecha
Mi pacotilla...

Rejon. ¡Ladron!

Ginés. Con ella y un pasaporte
Que la industria me adquirió,
Yo, que no soy tonto y veo

Que corre á su perdicion,
Mañana tomo soleta,
Y adivina quién te dió. —

Pero, hablando de otra cosa...

(Démosle conversacion
Para entretenerle.) ¿Sabes

Que pareces un milord?

Rejon. ¿De veras?

Ginés. ¿Qué diablo al verte

Reconoce á un saltador

De caminos?

Rejon. ¿Y qué diablo

Bajo ese tono de voz

Tan meloso, y esa cara

De novicio en procesion

Descubre al mayor tunante

Que madre humana parió?

¿Quién...?

Ginés. ¡Silencio! Siento pasos...
Iré á ver... Es mi señor.

ESCENA XVI.

DON GERARDO, GINÉS, REJON.

Ginés. ¿Le hablásteis?

Ger. Le hablé.

Ginés. ¿Ha caído

En nuestro lazo?

Ger. Cayó.

Ginés. ¿Reconoce la inocencia

De Elena?

Ger. Sí.

Ginés. ¿Y el amor

Renace en él...?

Ger. Demasiado.

Ginés. El caballero Rejon.
(Presentándole.)

Ger. Bien.

Ginés. ¿Se dispone á seguirla?

Ger. Al nacer el nuevo sol,

Pues antes que el alba rompa

Saldrá Elena. — Oídme vos.

¿Estais dispuesto á servir

De instrumento á mi rencor?

Rejon. ¿Estais dispuesto á pagarme

Bien y como hombre de pro?

Ger. ¿Cuánto?

Rejon. Una muerte alevosa

Ya veis que es crimen feroz.

Ger. No perdais tiempo

Rejon. ¿Quién es

Blanco de vuestro rigor?

Ger. El marqués de Rivaparda.

Rejon. ¿Marqués, nada menos? ¡Oh!

Por su cuna y su dinero

Gozará de alto favor.

¿Quién no le querrá vengar?

¿Qué escribano no sirvió

De rodillas á un marqués?

Si fuera algun pobreton...

Ger. Acabad.

Rejon. Doscientas onzas.

Ger. Se os darán.

Rejon. La mitad hoy,

Y la otra mitad mañana

En el campo del honor,

Si queréis satisfaceros

Viendo el cadáver; si no,

Con enviar un criado...

Ger. No. Verle quiero.

Rejon. Mejor.

¿Adónde el viaje?

Ginés. A un cortijo.

Que dista de Écija dos
A tres leguas. A la izquierda
De la Luisiana...

Rejon. Ya estoy.
Sobre un collado...

Ginés. Cabal.

Rejon. A palmos conozco yo

Aquel terreno. Esta noche

Vuelo á tomar posicion

Con mi cuadrilla. — ¡Ea! Venga

Esa mano ¡voto á bríos!

(Toma la mano á don Gerardo y se la

aprieta. Don Gerardo muestra inquietud

y terror.)

Esta otra para el dinero.

Ger. Venid á tomarlo.

Rejon. Voy.

Ginés. (¡ Doscientas onzas!)

Rejon. ¿Temblais?

El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO.

Fragoso despoblado entre la Luisiana y Écija, inmediato al camino real de Madrid á Cadiz, que se supone estar á la izquierda del actor y que lo cubren los árboles y la maleza. En la misma direccion, hácia la cual y tambien hácia el foro se eleva con desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en actitud de estar prontos á acometer á los caminantes. Rejon, Tormenta y Pancho en el tablado. Los demás ladrones de la cuadrilla se supone que están colocados al otro lado del camino.

ESCENA PRIMERA.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Pancho. ¡Por Dios que es mucho el afán
De este oficio aperreado!

¿Vela mas ningun soldado?

¿Sudá mas un ganapan?

Te juro, mi capitán,

Que á veces envidio yo

Al que cobarde nació,

Y tanto á aburrirme llevo

Que en cuerpo y alma reniego

Del padre que me engendró.

Rejon. Si temes, pide el indulto

Y huye...

Pancho. Si otro que no fuera